

sale seis años después de la original. De entrada, la bibliografía no ha sido actualizada y, lo que es peor, cita obras sobre lugares comunes que están de más al tratarse de un libro dirigido a un público especializado. En realidad, toda la obra parece haber sufrido una apresurada adaptación desde la tesis doctoral de la que deriva, lo que se hace obvio para el lector cuando encuentra desajustes en la estructura, repeticiones frecuentes y párrafos casi idénticos en varios capítulos. También hay desorden en las referencias a temas que se anuncian para «más adelante» pero que, en realidad, ya han protagonizado un capítulo anterior. Las numerosas y acertadas citas en latín podían haberse traducido al español, aunque fuera en las notas a pié de página; al no haber acometido esta tarea, mucho me temo que el reconocimiento que merece la autora por su capacidad para usar esta fuente no tendrá el alcance debido. Más desconsolado quedará el lector cuando compruebe que el libro se cierra sin un apartado de conclusiones: faltan, sí, esas reflexiones finales que aventuro a creer que un personaje como Larrea nunca habría dejado de escribir.

Rafael Valladares  
Instituto de Historia, CSIC

FERNANDO GONZÁLEZ DE LEÓN, *The Road to Rocroi. Class, Culture and Command in the Spanish Army of Flanders, 1567-1659*, Brill, Leiden-Boston, 2009, xvi+406 páginas, ISBN: 978-90-041-6660-8

Este trabajo, ampliación de una tesis doctoral defendida en la Universidad de Baltimore en 1992, que Fernando González de León dedica al cuerpo de oficiales del ejército de Flandes, parece a priori, y sin duda alguna, estimulante y con nuevas aportaciones para el estudio de las fuerzas armadas de los Austrias, que podrían abrir la puerta a nuevas líneas de investigación. Si bien, aunque eso es lo que parecería a primera vista, su minucioso análisis nos indica cosas bien distintas, aunque antes de ello debemos dedicar varios párrafos a desentrañar las ideas que contiene dicha obra.

La tesis principal de González de León es distinta y contraria a la habitual, a la clásica interpretación dada por buena parte de la historiografía española y extranjera. Generalmente se ha afirmado que el fin de la supremacía española en los Países Bajos dentro de su largo desafío contra Holanda y Francia se debió fundamentalmente a la ruina financiera de la Monarquía, la crisis demográfica — ante las epidemias que asolaron los territorios peninsulares e italianos—, y a la adversa coyuntura económica. Pero González de León da una interpretación muy diferente, ya que en su tesis afirma que los oficiales hispanos fueron los que llevaron a sus hombres al desastre. La oficialidad del ejército de Flandes, en la fase más trascendental dentro de la lucha por la supervivencia de la monarquía, se mostró totalmente inadecuada, incapaz de poder hacer frente a los más preparados y altamente capacitados oficiales que estaban en servicio en los ejércitos ri-

vales, condenando inevitablemente a España a su derrota y hundimiento gracias a su ineptitud.

Para llegar a esta conclusión, el autor comienza estudiando los triunfos conseguidos en la primera fase de la guerra con los holandeses, con la formación de la escuela del duque de Alba, según la cual un humilde soldado podía aspirar a ascender hasta la cúspide del escalafón de mando («Alba's professed promotion criteria favored his own social class, the spanish nobility, which he broadly understood to include even its humblest members, the hidalgos», p. 64). Posteriormente Fernández de León reconstruye en su trabajo la crónica de un desastre anunciado. Pero lo curioso es comprobar el supuesto viraje español, de la máxima profesionalidad a la falta de ella. En los decenios centrales del siglo XVI, según la misma afirmación del autor, ningún otro ejército del viejo continente ponía el mismo énfasis e interés en la preparación de sus cuadros de oficiales para el combate, ya que se promovía al mando de sus renombrados tercios a toda una serie de veteranos forjados después de muchos años de luchas en los campos de batalla, dando lugar a un verdadero cuerpo de profesionales (con personajes como: Sancho Dávila, Lope de Figueroa, Alonso de Vargas, Julián Romero y Francisco Verdugo, todos ellos de humilde cuna, pero formados en la dura escuela de Alba). El resultado de esta política fue la formación de una fuerza de choque excepcional, debido a su capacidad y experiencia (o como cita el autor: «the result was an exceptionally effective combat force led by professional officers who, driven to succeed at any cost», p. 68). Es curioso comprobar como ese ejército se convirtiera en menos de un siglo, según la opinión del autor de esta obra, en uno de los ejércitos menos capacitados de toda Europa. Un instrumento de combate entre los más arcaicos e ineficientes, en manos a unos incompetentes —unas verdaderas caricaturas de militares—, que eran elegidos solo por su ilustre nacimiento y en virtud de sus vigorosos enchufes con los poderes que regían la corte. Unos generales demasiado prudentes, sin experiencia, poco dispuestos a arriesgarse, inconcluyentes, empeñados en perder el tiempo en inútiles peleas entre de ellos por cuestiones de honor y precedencias, ocupados más en disfrutar de las comodidades de sus palacios en la corte de Bruselas que en poner en peligro sus vidas al mando de las tropas en el campo de batalla, vanidosos, coléricos, despilfarradores del dinero público con sus lujos, y por encima de todo, inadecuados e incapaces para poder ejercer cualquier cargo. Según el cuadro descrito por el autor de los altos oficiales hispanos, era inevitable que las tropas del ejército de Flandes marcharan a pasos forzados hacia su derrota final.

Pero, ¿cómo se había podido llegar a este punto? La tesis de Gonzalo Fernández de León afirma que el declinar de las virtudes militares comenzó al poco de que el duque de Alba se retirara de su posición de mando dentro del ejército de los Países Bajos, cuando su método de promover los veteranos en posiciones de prestigio fue discutido por parte de sus sucesores, y definitivamente abandonado tras la muerte del duque de Parma («unfortunately for the Army of Flanders the exceptionally high standards set by Alba and Parma begun to erode in the late 1580's

and early 1590's», p. 72). Nos encontramos frente a un ocaso lento, empezado en primera instancia por la decisión de Felipe II de favorecer en la asignación de los altos cargos a los herederos de las grandes familias tituladas de Castilla, y acelerado por las nefastas elecciones del archiduque Alberto, que promovió a toda una serie de jóvenes adolescentes solo para poder complacer a sus ilustres padres («Albert's policy of using the military as an extension of court patronage also affected the performance of the Army of Flanders by altering relationship between the high command and rank and file», p. 82). La llegada de todos estos nobles estaba destinada a provocar un fuerte resentimiento entre los profesionales, que se veían injustamente relegados de los puestos de mando, obligándolos en varias ocasiones a dejar el servicio, privando al ejército de gran parte de sus hombres más expertos y hábiles.

Dentro de este proceso de lenta desintegración, el año de 1609 representó una fecha clave, ya que con la firma de la Tregua con las Provincias Unidas se produjo una nueva desmembración del ejército, comenzando la imparable decadencia de la maquinaria militar hispana. En ese año, la reducción de los efectivos del ejército provocó el retiro de muchos veteranos de las posiciones de mando, con la pérdida irreparable de muchos elementos cualificados que no fueron reemplazados en los años siguientes. Se produjo una verdadera falta de cabezas, por lo que no sorprende que durante los años posteriores a 1621, cuando volvió a estallar la guerra en los Países Bajos, se intentara cambiar las cosas, buscándose desesperadamente un equilibrio entre profesionales y cortesanos. Se procuró reconstruir los cuadros de mando del ejército intentando reintroducir oficiales expertos, pero sin resultados aparentes. De hecho, el devenir del ejército fue bien distinto. La crisis militar que ratificó la salida de Ambrosio Espínola, y que motivó las rivalidades intestinas entre los altos cargos del ejército, conllevó toda una serie de notables derrotas a finales de la década de 1620, las cuales convencieron al conde-duque de Olivares a olvidarse de cualquier intento de reforma. El válido finalmente se decidió a configurar un ejército cada vez más aristocrático («it was this crisis that persuaded the Count-Duke that the Army of Flanders could not be led by career officers but only by high aristocrats», p. 164).

Este brusco cambio, fundamentado en la rápida promoción de unos cuantos grandes aristócratas al mando de las tropas, no trajo consigo ningún beneficio, sino una nueva crisis de liderazgo dentro del ejército, que en los años siguientes tuvo importantes consecuencias. La decisión del conde-duque fue no nombrar a un comandante en jefe único e indiscutible, como antaño lo habían sido los duques de Alba o Parma, sino dividir el ejército entre unos cuantos mandos independientes, proliferando el número de generales. Esta decisión favoreció el aumento de fuertes rivalidades entre los mandos, que a la larga provocaría confusión y retrasos en la marcha de las operaciones, con consecuencias desastrosas desde el punto de vista operativo, acentuando así el problema de la falta de cabezas en la cúspide militar hispana de Flandes. De hecho, según el autor, la división entre los varios mandos traerá consigo la paralización de cualquier operación militar, dada la

incapacidad mostrada por los generales de poder cooperar entre sí. El resultado de decenios de errores sería inevitablemente la catástrofe de Rocroi, en donde los jefes nombrados por Olivares condujeron a sus hombres a la masacre.

Según el autor, una derrota de la que el ejército de Flandes nunca consiguió recuperarse. Felipe IV continuó con la misma política, cosechando los mismos errores que el conde-duque. Al nombrar a aristócratas sin ninguna experiencia castrense en las posiciones claves, el resultado final fue conducir al ejército hasta la ruina definitiva («the shock of Rocroi did little to alter official attitudes towards the Army of Flanders. Olivares' policies remained more or less unchanged and continued to produce familiar results», p. 331).

Siguiendo la tesis de este trabajo, otra decisión irresponsable fue alejar de las posiciones de mando a todos los altos oficiales que no eran españoles. Una medida motivada por la necesidad de acabar con las rivalidades nacionales, especialmente con las de los italianos y los flamencos/valones, que habían puesto en duda la tradicional preeminencia de los castellanos en Flandes, dando lugar a enfrentamientos relativos a la disposición de las unidades en el campo de batalla, y a luchas por cuestiones de precedencia. Una medida reanimada por las dudas del conde-duque sobre la efectiva lealtad de los naturales (preocupaciones que aumentaron a causa de la traición del conde Van der Bergh en 1632), y en general, de todas las otras naciones que servían en el ejército de Flandes. Esto trajo consigo el ostracismo de los elementos no españoles a la hora de recibir nuevos ascensos, siendo los más beneficiados una casta militar formada casi exclusivamente por nobles titulados castellanos. Esta política conllevó el alejamiento de las posiciones principales de varios cabos expertos, debilitando todavía más la precaria situación del ejército, al privarle de soldados de probado valor.

Como hemos dicho al principio, la reconstrucción de Fernando González de León, basada sobre una escasa investigación archivística —al utilizar pocas fuentes inéditas y muy sesgadas entre sí—, no deja de ser fascinante, pero trae consigo muchos defectos y una metodología demasiado imprecisa. En primer lugar, el autor no ha utilizado los memoriales de servicio de los militares, de los que se conservan millares de ejemplos en los archivos españoles (y sobre todo en el Archivo General de Simancas), lo que le hubiera permitido reconstruir un cuadro más preciso, complejo y abigarrado del cuerpo de oficiales de la Monarquía. En la documentación utilizada, en varias ocasiones el autor demuestra no tener en ninguna consideración las cartas, informes o consultas que pintan un cuadro distinto del que quiere presentar, lo que le induce a graves errores interpretativos, ya que en ocasiones no se ha tratado de reconstruir el pasado, sino simplemente construir su tesis.

Esta investigación que reseñamos adolece de un error interpretativo clásico, al representar sin matiz alguno los viejos clichés sobre la decadencia militar de España, destinada inevitablemente a la catástrofe en su épica lucha en contra de adversarios más «modernos» como las Provincias Unidas y Francia, dotadas de

instrumentos militares más profesionales. Esta interpretación, nunca fundamentada, desde hace años viene siendo objeto de un amplio debate por buena parte de la historiografía internacional. Obras, no solo de autores españoles, sino también de anglosajones, ya han criticado esa visión peyorativa de España, algo que parece que el autor de este libro desconoce o de manera interesada no toma en consideración. De hecho, muchos de los defectos imputados a la maquinaria militar hispana eran comunes a todos los ejércitos de la época, como han venido demostrando numerosas investigaciones, llevadas a cabo tanto por anglosajones como por historiadores de otras procedencias. El ejército holandés no era en absoluto más eficiente y más profesional, y dentro de su alto mando abundaban también los cortesanos elegidos por ser partidarios de los príncipes de Orange o por ser representantes de las familias nobles más poderosas del país (véase la brillante monografía de Olaf van Nimwegen, *The Dutch Army and the Military Revolutions 1588-1688*, Woodbridge, 2010, editado por la primera vez en Holanda en 2006). De hecho, los defectos del ejército holandés le impidieron que entre 1621 y 1648 pudiera conseguir una victoria en campo abierto contra las tropas de Felipe IV. No es coincidencia que el único combate directo, en Kallo (1638), los ganadores no fueron los increíbles y eficientes maestros holandeses, sino los pobres, anticuados y supuestamente atrasados y mal dirigidos tercios viejos españoles.

El ejército francés, en varias ocasiones elegido como ejemplo de eficacia, mostró deficiencias parecidas a las que se achacan al ejército de los Austrias. La elección de los altos oficiales estaba dominada por el patronazgo y las parentelas, y los generales eran elegidos realmente por sus ilustres orígenes, sus vínculos clientelares y por su gran riqueza. La asignación de patentes de coroneles y generales a adolescentes sin experiencia, e ignorantes en cuestiones militares, estaba muy arraigada, mucho más que en España. Los mismos franceses en varias ocasiones se quejaron de la incapacidad y de la escasa profesionalidad de varios de sus generales, siendo alguno de los elegidos de la Force, el marqués de Brézé —que llegó a una posición de gran responsabilidad solo por ser un pariente del cardenal de Richelieu—, el cardenal de la Valette, el duque de Angoulême, y especialmente de Henri II de Borbón, príncipe de Condé, responsable del desastre de Salses de 1639.

Injustificadas resultan también muchas de las afirmaciones del autor en cuanto a la supuesta castellanización del ejército. De hecho, la presencia de elementos no hispánicos en el vértice de la cúpula militar prosiguió también durante esta época. Sólo citando algunos tenemos a personajes de sobra conocidos como el príncipe de Ligne, el marqués Sfrondrati y el conde de Bucquoy.

Por último, desde el punto de vista puramente logístico y organizativo, como en la poliorcética y la guerra de sitio, España supo mantener hasta al menos 1656 cierta superioridad sobre los franceses, aunque en algunos momentos fuera mínima. Pero la Monarquía Hispánica no se pudo aprovechar de esta superioridad para poder cerrar su favor la larga contienda, debido fundamentalmente a las graves ca-

rencias financieras y materiales de un país totalmente agotado después de casi cuarenta años de guerra ininterrumpida. Estos fueron los principales factores que conllevaron la derrota final de España, y no el inmovilismo de sus fuerzas armadas, o la incapacidad de su clase dirigente y de su alto mando militar, teorías que este libro pretende demostrar sin presentar los elementos de juicio necesarios, y gracias a una investigación excesivamente parcial e interesada. Ante lo que aquí presentamos es lógico que esta tesis haya dormido durante más de quince años hasta su reciente publicación, y parece que su idioma, y la falta de otros estudios sobre el tema, son los factores que han permitido su definitiva edición, ante su falta de rigor histórico.

Davide Maffi

*Università degli Studi di Pavia*

DAVIDE MAFFI, *La Cittadella in Armi. Esercito, società e finanza nella Lombardia di Carlo II 1660-1700*, Milán, Franco Angeli Storia, 2010, 356 páginas. ISBN 978-88-568-1606-8

En este libro su autor, tras proponernos un marco de estudio muy concreto, intenta contestar y responder a muchos de los interrogantes que se ciernen sobre el reinado del último de los Austrias, desde hace tiempo reivindicado, pero todavía bastante olvidado y desconocido. Al mismo tiempo, esta investigación intenta matizar y desmitificar un aspecto cada vez más puesto en tela de juicio por muchos historiadores, como es la decadencia, utilizando para ello dos importantes armas: una profunda investigación archivística y un marco comparativo con otros países que nos muestra un juicioso examen de realidades de conjunto, y no sólo estimaciones parciales o lamentos de decadencia, crisis o desmembramiento.

La obra que reseñamos se incluye dentro de una amplia gama de estudios que han ido surgiendo a lo largo de los últimos años y que tienen por objeto un concienzudo revisionismo historiográfico del reinado, y la figura, de Carlos II. Dentro de este escrutinio los ámbitos más destacados han sido el panorama fiscal y económico, dentro del que se han desarrollado importantes monografías, o el político, que siempre ha generado continuas controversias e investigaciones debido a la figura de don Juan José de Austria, el hermano bastardo del rey, y los turbulentos entresijos de poder del periodo. Otro aspecto que siempre ha generado interés, y que particularmente se ha cultivado en las últimas décadas son las relaciones entre el gobierno y los territorios, en especial la Corona de Aragón, debido al desarrollo durante el reinado de importante neoforalismo. Pero dentro de la idea de decadencia un aspecto capital, pero poco trabajado, ha sido el ejército, objeto básico para estimar y comprender hasta qué punto se puede hablar de decadencia, derrota, supervivencia o resiliencia, ya que a fin de cuentas dicha idea de decadencia viene atribuida al gran número de derrotas militares que indujeron pérdidas terri-